

Acerca de la poscolonialidad y el desarrollo como paradigma de transformación social en América Latina

Yanga Villagómez Velázquez

Centro de Estudios Rurales, El Colegio de Michoacán A.C – Zamora, Michoacán, México
Email: villa@colmich.edu.mx

Resumen

El desarrollo ya ha cumplido su periodo de vida útil y si los objetivos y los problemas a los que se enfrentó en su formulación de origen, así como sus estrategias han mostrado no ser ni las mejores soluciones ni las recetas más adecuadas para resolver problemas sociales como la escasez y encarecimiento de alimentos básicos, un ingreso monetario digno para las mayorías, el acceso a la educación, la salud. Se han manifestado distintas formas de reflexionar, de pensar y de entender la relación entre la economía, la agricultura, la producción de alimentos aplicando prácticas agrícolas menos perniciosas con el medio ambiente, opuestas al modelo actual del capitalismo depredador. La participación activa de la sociedad rompe la dinámica de concentración de la riqueza que lleva a la economía planetaria a un colapso de consecuencias inimaginables.

Palabras clave: desarrollo; riqueza; equidad; desigualdad; social.

A propos de la postcolonialité et du développement. Un paradigme de transformation sociale en Amérique latine

Résumé

Le développement a déjà atteint sa durée de vie utile et si les objectifs et les problèmes rencontrés dans sa formulation d'origine, ainsi que ses stratégies se sont révélés n'être ni les meilleures solutions ni les recettes les plus adéquates pour résoudre des problèmes sociaux tels que la rareté et l'augmentation de la nourriture de base, un revenu monétaire décent pour la majorité, l'accès à l'éducation, la santé. Ils ont manifesté différentes manières de réfléchir, et comprendre la relation entre l'économie, l'agriculture et la production alimentaire en appliquant des pratiques agricoles moins pernicieuses à l'environnement, opposées au modèle actuel du capitalisme prédateur. La participation active de la société brise la dynamique de concentration de la richesse qui conduit l'économie planétaire à un effondrement avec des conséquences inimaginables.

Mots clés: développement; richesse; équité; inégalité; sociale.

About postcoloniality and development. A paradigm of social transformation in Latin America

Abstract

Development has already reached its useful life period and even if the objectives and the problems faced in its original formulation, as well as its strategies have shown to be neither the best solutions nor the most adequate recipes to solve social problems such as scarcity and increase of basic food, decent monetary incomes for the majority, access to education, health. Different ways have come through in reflecting, thinking and understanding the relationship

between economy, agriculture, food production, applying less pernicious agricultural practices towards the environment, opposed to the current model of predatory capitalism. The active participation of society breaks the dynamics of concentration of wealth that leads the planetary economy to a collapse of unimaginable consequences.

Key words: development; wealth; equity; social; inequality.

Introducción

Abordar un tema como el desarrollo en tiempos de economía globalizada parecería no tener sentido, pero hay necesidad de aclarar ciertas ideas y plantear algunas hipótesis que abonen a la discusión sobre algunos tópicos que no pierden vigencia. ¿Por qué el desarrollo sería un tema de interés actualmente? ¿Qué sentido tiene insistir en que las políticas de desarrollo¹ aplicadas en los países de América Latina (AL), pero no sólo en ellos, han generado más problemas de los que puede resolver?

Después de setenta años de políticas desarrollistas, el diseño y aplicación de políticas y de programas sociales orientados a satisfacer las necesidades básicas de una población vulnerable y al margen del progreso económico, aún quedan por resolver cuestiones como la pobreza endémica, la desigualdad social y el deterioro ambiental, que siguen siendo, hoy por hoy, los problemas que ningún gobierno hasta la fecha ha solucionado de manera definitiva. En efecto, el crecimiento mediocre de la economía en América Latina no genera la riqueza suficiente ni su distribución equitativa entre la población para satisfacer el acceso a servicios y a condiciones materiales de vida aceptables. Sostenemos que se debe abandonar la idea de desarrollo tal y como se le concibió para volver a un esquema más modesto, local, con tal de abordar la satisfacción de necesidades básicas y establecer mecanismos de participación social eficiente, responsable. A pesar de los avances científicos y tecnológicos de la *revolución verde* aplicados a la producción agrícola, siguen sin resolverse problemas como el hambre en el planeta, con lo cual sigue pendiente el cumplimiento de uno de los supuestos del desarrollo: la satisfacción del abasto en productos alimenticios. Porque el modelo económico actual sigue generando una mayor distancia entre aquella parte minoritaria de la población mundial ubicada en los países del Norte industrial – que concentra la riqueza generada mundialmente – y el resto de la población, que no tiene acceso sino apenas a los satisfactores necesarios para una vida

¹ L. J. Lebreton y F. Perroux desde los años setenta señalaron "que sólo se puede hablar de desarrollo si se satisfacen las necesidades fundamentales de la sociedad, incluyendo la educación, necesidades culturales, espirituales, etc." (citado en CASABIANCA, 1992).

digna, todo lo cual tiende a generar sin duda una serie de situaciones sociales asociadas a la pobreza, la exclusión y la desigualdad social.

Dado que la teoría social hasta ahora elaborada y difundida a través de nuestras universidades y centros de educación superior posee un discurso con un profundo sentido colonial, es preciso elaborar otras categorías que desplacen la discusión hacia el análisis de realidades más representativas de lo que sucede en los países de América Latina. De lo que se trata entonces es considerar un imperativo político y académico para trascender las propuestas eurocéntricas y las gramáticas inmutables. El desarrollo como estrategia de crecimiento económico ha cumplido ya lo que pudo llevar a cabo, aunque sigue figurando en informes de agencias internacionales, en comunicados de organismos humanitarios y organizaciones no gubernamentales. A un nivel más local, las dependencias de gobierno aún lo utilizan como parte sustancial en la estructura argumentativa de su retórica en los programas de política social para atender las necesidades sociales y mejorar las condiciones de vida de la población más vulnerable. Sin embargo, entre la promesa del crecimiento económico ilimitado, a fin de lograr la prosperidad de los pueblos y la realidad que observamos – especialmente la creciente pobreza en los países del Sur –, esta contrastante realidad nos lleva a reflexionar sobre el concepto de desarrollo. Una rápida mirada de la información oficial indica que el modelo económico actual sigue incrementando la distancia entre aquella parte de la población mundial minoritaria que acapara la riqueza generada y el resto de la población, lo que representa un desequilibrio preocupante a nivel internacional. Lo anterior es una prueba contundente de que la estrategia de desarrollo, tal y como fue concebida, como crecimiento económico estrictamente, debe adaptarse y convertirse en un esquema cuyos objetivos, logros y alcances deben concretarse en una manera más eficiente de satisfacer las necesidades sociales. Sin eso, hablar de desarrollo seguirá siendo una retórica para justificar las políticas de ajuste estructural, la privatización de sectores estratégicos en las economías nacionales y un patrón de despojo que sólo acentúa la continuidad del modelo colonial del capitalismo en la era de la globalización actual. En ese sentido, dicha globalización no se nos presenta sino solamente como la continuación, por otros medios, del desarrollo iniciado en la posguerra, toda vez que el significado de la palabra *desarrollo* remite al *despegue* económico a imagen y semejanza de lo que sucedió desde la revolución industrial en la Inglaterra del 1750-1800 (LATOUCHE, 2004).

Ahora bien, después de setenta años de políticas desarrollistas, el tema de la satisfacción de las necesidades básicas y la pobreza endémica en los países de América Latina sigue sin solución y ahora sabemos con mayor certeza que, si esto es así es porque en parte, el concepto de desarrollo remite a una teoría social y a un discurso impregnado de un profundo

sentido colonial, desde el momento en que ese modelo ha ido imponiéndose de forma pareja en todos los países de AL. Además, lo ha hecho sin considerar las particularidades propias de cada pueblo y pensando que es el mejor modelo, el único posible y al que todas las economías de dichos países periféricos deben adaptarse. Es preciso entonces elaborar otras categorías, referir a otros paradigmas epistemológicos que desplacen la discusión y el centro de atención para ubicarla en la forma de abordar el análisis de realidades de los países de América Latina, a los que se les ha impuesto una visión eurocéntrica sin considerar que las opciones de cambio que se esperan, deben ser producto del conocimiento y análisis procedentes, sobre todo, de la acción participativa de las poblaciones afectadas por esta sempiterna imposibilidad de tener acceso a los satisfactores necesarios en cualquier sociedad. En efecto, no parece viable seguir apelando a los planes de gobierno instrumentados “desde arriba” en una visión alejada de las realidades y las condiciones sociales que hasta ahora siguen caracterizando a los países subdesarrollados para resolver problemas sociales y económicos como los mencionados anteriormente.

Ante lo anterior, me interesa formular una pregunta y una afirmación, según las cuales si el desarrollo ha cumplido ya su periodo de vida útil, ¿los objetivos para los que fue creado y los problemas que enfrentó siguen vigentes?, además de que en la actualidad las estrategias de las políticas desarrollistas no han sido las mejores ni las más adecuadas para resolver problemas sociales como la escasez de alimentos, el ingreso económico insatisfactorio en las mayorías, el acceso a la educación, la salud, a condiciones aceptables de vida, entre otros problemas. En ese orden de ideas, presentamos enseguida una serie de reflexiones apenas incipientes sobre algunos tópicos relacionados con la idea del desarrollo. Es un intento por aclarar distintos posicionamientos en torno al concepto de desarrollo, posdesarrollo, colonialidad del poder, poscolonialidad y las alternativas posibles frente a los problemas que se decantan de dicha discusión y que considero son parte de un debate que atraviesa no sólo los ámbitos de formulación de la política pública, o de las plataformas de las organizaciones partidarias y no partidarias que de alguna forma orientan sus estrategias de participación al logro de una incidencia real en los órganos de decisión donde se generan los procesos de privatización de los recursos estratégicos de países enteros en aras de una nueva era de modernidad. Además, atraviesa también la producción científica de conocimiento y por lo tanto, interpela a nuestras comunidades de investigadores, profesores e intelectuales, cada uno en su esfera de influencia específica, ya sea partidaria, académica, científica o burocrática.

La estructura del presente artículo consta de tres partes y en ellas se abordan los siguientes aspectos: la génesis del modelo desarrollista creado y aplicado en el periodo de la posguerra, hasta la década perdida de los años ochenta y el inicio de las políticas neoliberales,

de la mano de autores que se han destacado por la crítica de estas políticas desarrollistas, como Aníbal Quijano, Octavio Sunkel, Amartya Sen, Samir Amin, Arturo Escobar y Serge Latouche, entre otros. En la segunda parte, se revisan las ideas que vinculan al desarrollo como ideología colonialista, con los postulados de representantes del pensamiento poscolonial y la necesidad de buscar nuevos paradigmas que den respuesta a lo que el desarrollismo no ha podido resolver en los países del Sur, como es el caso concreto de los cada vez más exacerbados niveles de pobreza y la desigualdad social. Finalmente, hacemos una revisión de las opciones o alternativas que plantean algunos autores quienes, ya desconfiados del discurso y retórica desarrollistas, plantean otras formas de organización ciudadanas, con espacios de participación independientes que han generado otras formas de economía, como la economía solidaria, social y la agroecología.

Al principio, fue la guerra y después el desarrollo

Desde el siglo XIX, en el convulsivo escenario político social europeo caracterizado por las revoluciones descritas por Carlos Marx en *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850, El 18 brumario de Luis Bonaparte*, rematando con los dramáticos acontecimientos de la Comuna de París, “se gestó esa esperanza llamada *socialismo* que terminó en lo que conocemos como la experiencia del socialismo real, el goulag, la nomenklatura y Tchernobyl. Y también hubo otra esperanza – más sospechosa en sus orígenes y fundamentos –, ya que fueron los países coloniales quienes se encargaron de promover y sembrar su semilla (la del *desarrollo*) antes de abandonar los países donde cómodamente se habían instalado para gozar del despojo, el saqueo y la explotación de riquezas de todo tipo y de usufructuarlas en los territorios que habían colonizado” (LATOUCHE, 2004).²

Ese *desarrollo* y sus postulados como estrategia económica fueron aplicados a pie juntillas en América Latina, con la expectativa de generar un futuro de mayor equidad económica y social, cuando menos a nivel de retórico. No entiendo a América Latina como una unidad cultural, lingüística que comparte el destino – colonial – de haber entrado en la historia occidental como apéndice de las economías centrales, dada su condición de receptáculo, al que llegaron en diferentes momentos entre los siglos XVI y XX, las poblaciones africana, europea y asiática. La entiendo en una dimensión más diversa, heterotópica, como comunidad de destino donde es

² Todas las referencias a las obras de este autor son traducciones mías.

posible la invención de un espacio civilizatorio no previsto en la continuidad del proyecto colonial que sólo en apariencia terminó en el siglo XIX con la independencia de dichas colonias. En esa perspectiva, pretendo desarrollar aquí algunas ideas en el sentido de que América Latina posee aspectos culturales, históricos, económicos, sociales y políticos propios que le suministran un rostro particular para hacer posible, por un lado, una tajante y definitiva ruptura con las concepciones teóricas, metodológicas, conceptuales, culturales, políticas y económicas que caracterizan el modelo eurocéntrico-estadounidense de producción de conocimiento científico en las ciencias sociales y por el otro, el fortalecimiento y apuntalamiento de una reflexión científica e intelectual colectiva producto de la conciencia de esa condición originaria de colonialidad de nuestros países y al mismo tiempo, construir los elementos básicos esenciales para lograr una ruptura necesaria con esta misma condición colonial. Estoy de acuerdo con esta tesis ya que podría ser atractiva si se toma en cuenta, que lo que llamamos América Latina en sus orígenes fue un sistema de explotación y de esclavitud organizado por colonizadores de comunidad lingüística latina sobre pueblos no latinos, originarios o no, en la región. Así, la perspectiva de mutación del sistema colonial en una comunidad de destino anti-colonial, intercultural y abierta es una imagen interesante para reflexionar sobre el avance del pensamiento crítico en articulación con los movimientos post-independentistas (MARTINS, 2012).

Una vez aclarado nuestro propósito, orientaré mi reflexión al análisis de un periodo del siglo XX en el que convergen a mi modo de ver, dos aspectos importantes (el conflicto bélico internacional de las dos guerras mundiales y la necesidad de una reconstrucción económica eficiente) que forman el parteaguas más significativo para mí y a partir del cual podemos abordar la génesis, alcances, resultados y problemáticas que se desprenden del desarrollo y que generaron un impacto importante en los países más directamente involucrados en la aplicación de las políticas aplicadas bajo los principios de este paradigma.

Algunas estimaciones sobre el costo en vidas humanas provocado por la II Guerra Mundial ubican entre tres y cinco veces más alta la cantidad de vidas humanas en comparación a las muertes ocasionadas por la I Guerra Mundial. Esto equivale entre el 10 y el 20 por 100 de la población *total* de la URSS, Polonia y Yugoslavia y entre el 4 y el 6 por 100 de la población de Alemania, Italia, Austria, Hungría, Japón y China. En Francia y Gran Bretaña el número de bajas fue muy inferior al de la primera guerra mundial – en torno al 1% de la población. Las bajas que tuvieron los soviéticos entre civiles y militares pudieron llegar a 7, 11, 20 o incluso 30 millones. En fin, en un contexto más amplio, es decir, fuera de los acontecimientos bélicos en Europa, fue precisamente en el siglo XX en el que se dio muerte o se dejó morir a un número más elevado de seres humanos que en ningún otro periodo de la historia humana (cerca de 187 millones de

personas) (HOBSBAWM, 1996). El dato no es banal, en la medida en que, al parecer, “fueron las guerras las que hicieron tabla rasa del pasado y condujeron a una transformación de la estructura de las desigualdades en el siglo XX” (PIKKETY, 2014).

Es al inicio de este periodo de posguerra, en 1949, que Harry Truman marcó la nueva vía que debían seguir todos los pueblos de la tierra en la búsqueda frenética, desencadenada por no decir compulsiva de un logro universal: el desarrollo. Serge Latouche lo ilustra usando como metáfora las carreras de atletismo en las que, de forma análoga a las economías nacionales que entraban a la carrera del desarrollo, éstas presentaban una situación como la siguiente: las que van detrás, a la cola del pelotón y las que encabezan la carrera. Sólo que, en esta carrera, algunos países con sus respectivas economías, ya la abandonaron y otros corren, pero en el sentido equivocado (LATOUCHE, 2004).

Con el antecedente de la crisis financiera durante la gran depresión y una vez terminada la II Guerra Mundial, después de las importantes inversiones para la reconstrucción económica y material de los países devastados por el conflicto, surge y se implanta un sistema de posguerra en el que Samir Amin (1995) identifica tres pilares básicamente: el fordismo en el Occidente capitalista, el sovietismo en los países del Este y en aquellos países ubicados bajo el concepto de “Tercer Mundo”, el desarrollismo como modelo y teoría económica basado en la tesis evolucionista que en esencia postula objetivos como el crecimiento del PNB, incremento en las rentas personales mediante un proceso de industrialización acentuado, los avances tecnológicos y la modernización social (SEN, 2000, p. 19). Después de un periodo caracterizado por una cierta estabilidad, “estos pilares – dice S. Amin –, poco a poco se fueron erosionando, hasta que al final del ciclo de 1975-1992 se hundieron uno tras otro y desde entonces el mundo ha entrado en una serie de turbulencias que acompañan las reestructuraciones y su eventual articulación en torno a nuevos principios” (AMIN, 1995). Esta situación determina que, en el Occidente capitalista, es decir, el que queda amarrado detrás de los Estados Unidos, inicie su crisis cuestionando el mito económico del crecimiento indefinido, uno de cuyos puntos de quiebre fue precisamente el 68 europeo, pero también el estadounidense y el latinoamericano. Los años posteriores dieron cierto respiro y la sensación – sólo aparente – de una posible renovación, aunque claramente dichas esperanzas se desvanecieron y a partir de la década de los años ochenta – la “década perdida” latinoamericana –, se inició una ofensiva generalizada marcada por los principios neoliberales que impidieron a las sociedades occidentales salir del túnel de la crisis a la que estaban sometidas, al mismo tiempo que esta crisis generó en los países del Tercer Mundo la erosión de las ilusiones desarrollistas (AMIN, 1995). Estos acontecimientos implicaron retos importantes para la economía mundial y para el Estado, quien tuvo que asumir un protagonismo importante

desde mediados del siglo XX, expresado en un *estatismo* a ultranza, inclusive en países como la Unión Soviética y los del ex-bloque socialista, donde se adoptó la planificación económica estatal centralizada y el control sociopolítico y cultural del Partido Comunista con el fin de crear un aparato productivo moderno en sociedades muy atrasadas (SUNKEL, 2007).

Con la caída del muro de Berlín, la desaparición de la Unión Soviética y de la guerra fría, en la nueva era de la economía globalizada, una nueva hegemonía que despunta remite automáticamente al imperialismo estadounidense y de manera más amplia a la occidentalización del planeta entero (LATOUCHE, 2005). En esta perspectiva de reafirmación de liderazgos internacionales, es pertinente preguntarnos, como lo hace Latouche, ¿cuál era el nombre con el que se conocían estos procesos o cuáles eran sus antecedentes a nivel mundial? O en cualquier caso antes del desarrollismo ¿cuál era la palabra para designar este proceso de occidentalización del mundo? Pues simplemente la colonización y el viejo imperialismo (LATOUCHE, 2005). Entonces, hablar de desarrollo es hablar de una colonización – que no ha terminado –, y que sigue por otros medios en las ex-colonias europeas y que involucra forzosamente a América Latina. Por eso se percibe una continuidad entre los anteriores procesos de colonización geográfica, económica, política y cultural que se dieron en América Latina y la imposición de una política desarrollista aplicada en aquellos países que durante el siglo XIX accedieron a su independencia, pero no sólo en ellos, sino también en los países que se integraron a la comunidad de naciones independientes de manera más reciente, durante la década de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, en África y Asia, básicamente.

Nos interesa pues referirnos a los países y regiones del mundo que fueron objeto de la política desarrollista que analizamos y en los que dicho desarrollismo fue instrumentado a través del Estado, pero dejando un margen de maniobra importante al mercado y en esa medida, la política adoptada fue orientada al logro de objetivos como la industrialización, la integración del mercado interno, la inversión en infraestructura, la modernización agrícola y las políticas sociales. Y en lo político, por supuesto también figuraron las recomendaciones de abrir un amplio espectro de posibilidades, caracterizadas por una eventual alternancia política cuyo abanico de opciones viables se extendía desde la práctica de mecanismos tibios de democracia representativa hasta los duros matices que caracterizaron a las dictaduras militares. Sunkel llama *estadocéntricas* a estas formas que combinan la acción del Estado con el mercado y la democracia, y que tenían una fuerte inspiración keynesiana en los países industriales de América del Norte y Europa, en los que había un fuerte énfasis en el crecimiento económico, el empleo y la redistribución del ingreso: es decir, el extinto Estado de Bienestar (SUNKEL, 2007). Por otro lado, la forma de orientar la intervención estatal y hacerla transitar por el camino escogido requería de una entidad

externa que marcara el derrotero que debían seguir las políticas desarrollistas. De esta manera, instituciones como el FMI, el Banco Mundial y de manera más reciente la OMC, marcaron los vínculos internacionales que debían establecerse con los bancos regionales de financiamiento del desarrollo y las instituciones de cooperación internacional que pronto figuraron como parte importante de un complejo sistema público de inversión privado que había desaparecido con la Gran Depresión y rescatar el comercio internacional del proteccionismo, pero no solo eso, sino que además todo este entramado de control económico al mismo tiempo significaba la forma más acabada, en la que se concretaría la *colonialidad del poder*, que es un concepto que explica cómo las zonas periféricas permanecen en una situación colonial aun cuando han dejado de estar bajo una administración colonialista (QUIJANO, 2000; SUNKEL, 2007).

En otro contexto, y ya que estamos reflexionando sobre la forma en la que las teorías económicas se convirtieron en el eje ordenador de las políticas públicas, la escuela de los *Chicago boys* durante la dictadura chilena de los años setenta, y los emblemáticos ejemplos de política laboral y económica seguida por Ronald Reagan en Estados Unidos y Margareth Thatcher en Gran Bretaña (con todo y su desplante imperialista durante la guerra de las Malvinas), parecía que reafirmaban los principios de este fundamentalismo mercadocéntrico para propagarse mundialmente, mostrando sus virtudes y sus alcances. Sin embargo, “ya ha sido probado que los resultados de este nuevo ciclo neoliberal dejaron mucho que desear”, pues se ha constatado que, a pesar de un crecimiento sostenido y excepcional durante más de una década y media, la economía y el incremento del PIB no han podido resolver el conjunto de problemáticas sociales, derechos ciudadanos, mejoramiento en las condiciones materiales de vida, entre otros aspectos, que enfrenta la población en países del Sur (SUNKEL, 2007).

A nivel internacional se ha abierto un ciclo de protestas sociales en el ámbito público (Globalifóbicos en Seattle, “Indignados” en España, “Occuped Wall Street” en N. York, la Guerra del Agua en Bolivia, etc...), al mismo tiempo se dan con mayor frecuencia, las conductas individuales y colectivas que han adoptado un claro matiz anti-sistémico (narcotráfico, narco-política, juventud sin futuro y presa fácil del narcotráfico, incremento de índices de drogadicción, violencia política y social, desaparecidos por motivos políticos, corrupción en todos los niveles de la burocracia estatal, corporaciones de seguridad, ejército y órganos federales de impartición de justicia, etc...), y que tienden a proliferar y a agudiza las añejas diferencias y enconos entre sectores sociales y los representantes de la autoridad. Se trata de amenazas que han permanecido en estado latente y que pueden generar a largo plazo una desestabilización social y un estado de ingobernabilidad, como de hecho se aprecia ya en varios países y no sólo de América Latina. En Estados Unidos e Inglaterra, los países modelo en la aplicación de las

recomendaciones neoliberales, se verifica un crecimiento económico, pero también una distribución desigual del ingreso y la generación de un tipo de pobreza que ha impactado a los sectores sociales más vulnerables. La precariedad laboral, la dificultad por acceder a los beneficios sociales y el deterioro de la vida material y económica ya es parte de su realidad. Ya se ha mencionado que de seguir esta tendencia, extensiva a los demás países de Europa, menos como consecuencia indeseada, que como condición necesaria, “se puede anticipar que dentro de poco tiempo habrá pequeños islotes de extrema riqueza en los países de la OCDE para alrededor del 15% de los habitantes del planeta, que disfrutarán de cuatro quintas partes del ingreso mundial, sobre los cuales presionarán la pobreza relativa y absoluta de la inmensa mayoría del 85% restante de la población, que tiene que sobrevivir con sólo un quinto del ingreso mundial” (SUNKEL, 2007).³ Además, otra fuente señala que la diferencia en el ingreso entre los mil millones de seres humanos más ricos y los mil millones de seres humanos más pobres pasó de 1 a 30 en 1960 a 1 a 150 en 1990. En 1998 los bienes de las 200 personas más ricas del mundo sumaban más que el ingreso total del 41 por ciento de la población mundial (2.500 millones de personas). La brecha entre ricos y pobres se agranda, no sólo entre países sino al interior de los mismos. En 1960 los países con el quinto de personas más ricas del mundo contaban con un ingreso per cápita 30 veces mayor que el de aquellos con el quinto más pobre: para 1990 la proporción se había duplicado 60 a 1 y hacia 1995 llegaba a ser de 74 a 1, o como señala puntualmente E.W. Said, “los poderosos probablemente adquirirán más poder y serán más ricos y los débiles tendrán menos poder y más pobreza”.⁴

En este sentido, al parecer un ejercicio obligatorio consiste en confrontar los postulados de la ideología triunfalista – la del desarrollo y sus principios de industrialización y crecimiento económico a ultranza –, con esta realidad de concentración de la riqueza en un sector minoritario de la población mundial. Por esta serie de circunstancias que saltan a la vista, los científicos sociales formados al cobijo de los postulados del desarrollo, han tenido que repensar la visión con la que se observó durante un cierto tiempo la modernización de las élites políticas, para llegar a entender que el desarrollo es sobre todo una ideología, es decir, no se trata de un proceso materializado que tiene lugar al margen de la sociedad, sino que es una forma de entender los vínculos y las relaciones sociales de una manera tal, que reduce la vasta complejidad socio-

³ Lucía Abellán Bruselas, “El reparto de solicitantes de asilo abre un nuevo pulso en la UE. Aparte de la redistribución, la UE pide que se acoja a 20 000 refugiados en origen” El País. 13 mayo 2015. Hasta julio del 2015, 140 mil migrantes de origen africano han llegado a las costas europeas después de atravesar el mar Mediterráneo en embarcaciones precarias.

⁴ Susan George (2001) señala que “ya que la mundialización neoliberal no puede matemáticamente incluir a todo el mundo, fabrica, globalmente más perdedores que ganadores, ya sea que se trate de individuos, empresas, regiones o países y atrapa a los mejores y rechaza a los otros sin contar con un proyecto para los rechazados”

histórica a un proceso evolucionista inspirado en las inversiones económicas, según el cual primero llegaron a la meta fijada los países centrales, devastados por las guerras mundiales y coloniales, y los Estados Unidos y después llegarían los países del Sur, ex-colonias de éstos (MARTINS, 2012). Esta dinámica histórica y sus desoladores resultados obliga la interpelación de lo que hasta ahora se ha intentado en materia económica. Después de 70 años de dar palos de ciego, algo no ha funcionado, cuando menos en lo que a redistribución y equidad social se refiere. ¿Y si concluimos que es precisamente de eso de lo que se trata? ¿De generar más desigualdad económica y social y de concentrar cada vez más la riqueza que se produce a nivel mundial? ¿Cuál es la importancia de una reflexión social crítica al respecto?

La perspectiva histórica vista desde una visión crítica nos pone frente al hecho de que la imposición del cristianismo con el fin de convertir a los llamados salvajes y bárbaros en el siglo XVI, seguido de una imposición del «deber del hombre blanco» y la «misión civilizadora» en los siglos XVIII y XIX, la imposición del «proyecto desarrollista» en el siglo XX y, más recientemente, el proyecto imperial de las intervenciones militares bajo la retórica de la «democracia» y los «derechos humanos» en el siglo XXI, todas han sido impuestas mediante el militarismo y la violencia bajo la retórica de la modernidad que habla de salvar al otro de sus propios barbarismos. Dos respuestas a la imposición colonial eurocéntrica son los nacionalismos y los fundamentalismos del tercer mundo. El nacionalismo ofrece soluciones eurocéntricas a un problema eurocéntrico global (GROSSFOGUEL, 2006). Por esa razón, durante los últimos 510 años del «sistema mundo europeo/euroamericano/capitalista/patriarcal moderno/colonial» se ha pasado del «cristianízate o te disparo» del siglo XVI al «civilízate o te disparo» del siglo XIX, al «desarróllate o te disparo» del siglo XX, al «neoliberalízate o te disparo» de finales del mismo siglo y al «democratízate o te disparo» de comienzos del siglo XXI (GROSSFOGUEL, 2006). La forma liberal de la democracia es la única aceptada y legitimada, por lo que otro tipo de formas de participación y de alteridad democrática son rechazadas. Si la población no europea no acepta los términos euroamericanos de la democracia liberal entonces se les imponen por la fuerza en nombre de la civilización y el progreso. Por eso, como atinadamente señala Ramón Grossfoguel, es preciso reconceptualizar la democracia en una forma transmoderna con el fin de descolonizarla de la democracia liberal, es decir, de la forma de democracia de occidente, racializada y centrada en el capitalismo (GROSSFOGUEL, 2006)

Por otro lado, una serie de intelectuales latinoamericanos y de otros países del Sur han generado una discusión que ha tomado el camino de una “progresiva conciencia acerca de que los marcos interpretativos eurocéntricos exigen adaptaciones e innovaciones para responder adecuadamente a las particularidades culturales e históricas de las ex-colonias de la región, [...]”

lo que ha motivado una conciencia reflexiva sobre la naturaleza sociológica propia de los márgenes del sistema mundo y de la diferencia ontológica entre centro y periferia” (MARTINS, 2012).

Del evolucionismo social desarrollista a la teoría crítica

La singularidad histórica a la que nos hemos referido anteriormente y la especificidad cultural e identitaria de América Latina, que irrumpe al escenario de la modernidad en el siglo XVI han permitido la construcción de referentes teórico-metodológicos alternativos a los esquemas analíticos etnocéntricos (léase eurocéntricos) que durante décadas han dominado y que aún tratan de explicar la realidad social latinoamericana a través del tamiz económico-político. Sin embargo, dicho modelo, en el siglo XXI y bajo el resurgimiento de las identidades culturales, resulta ya insuficiente y limitado (SANTOS, 2010). En ese sentido, no es inútil recordar que “durante generaciones, los filósofos y pensadores que conformaron las ciencias sociales han creado teorías que abarcaban a la humanidad en su integridad. Como es bien sabido, sus postulados se han producido en una ignorancia relativa, y en ocasiones absoluta, de la mayor parte del género humano, es decir, de los habitantes de las culturas no occidentales” (CHAKRABARTY, 2008).

Ahora bien, en los años ochenta hay una producción literaria encaminada a re-descifrar o deconstruir las categorías epistemológicas eurocéntricas y a denunciar la parcialidad de las fuentes de producción del saber sobre los pueblos entonces denominados del “Tercer Mundo” y señala además las rupturas y continuidades de la dominación tras la descolonización y la implementación, por múltiples y diversas vías, de todo tipo de prácticas de neocolonialismo. En su planteamiento, los autores de dicha literatura coinciden en que incluso los análisis marxistas y post-estructuralistas (ambos al fin y al cabo fruto de la modernidad y su deconstrucción) eran potencialmente estériles para comprender la(s) condición(es) poscolonial(es) si no se basan en estudios contextualizados y transversales y si no aceptan ante todo la limitación epistemológica de la propia mirada y los condicionantes sociales e institucionales que la crean y facilitan. En ese sentido, parece cada vez menos consistente la idea de que los marcos de referencia creados en los países centrales, que dieron origen a las teorías, métodos e interpretaciones sesgadas, ideológicamente centradas y usadas como justificación de un dominio absoluto sobre otras culturas, pudieran ser aplicados a interpretar todo tipo de organización social a nivel planetario. De ahí deriva la importancia de entender a América Latina como *comunidad de destino* en el

sentido de que las poblaciones originarias, de migrantes y las poblaciones mestizas han logrado concientizarse respecto de la idea de que la experiencia de la colonialidad fija un sistema de dominación imperialista que separa los países centrales – llamados países del Norte –, y los países periféricos, más conocidos como países del Sur y que pasan ahora a manifestar de manera crítica sus desacuerdos en contra de los tradicionales dispositivos de colonialidad y de exclusión. Además, como lo señala Arturo Escobar:

La conquista y colonización de América es el momento formativo en la creación del Otro de Europa; el punto de origen del sistema capitalista mundial, hecho posible por el oro y la plata de América; el origen del concepto de modernidad europeo (y de la primera, ibérica, modernidad, eclipsada luego con el apogeo de la segunda modernidad); el punto de inicio del occidentalismo como imaginario primordial y definición propia del sistema mundo moderno/colonial (con un conocimiento periférico subalternizado del sistema mundo moderno/colonial) que subalternizó el conocimiento periférico y creó, en el siglo XIX, el orientalismo como Otro [...] Finalmente, con la Conquista y la colonización, América Latina y el Caribe surgieron como «la primera periferia» de la modernidad europea (ESCOBAR, 2003, p.87).

Walter Mignolo, ha señalado que “no hay modernidad sin colonialidad”⁵ ya que ambos aspectos representan los lados de la misma moneda. Mientras la modernidad presenta una retórica de salvación, al mismo tiempo oculta la colonialidad, detrás de la cual hay mecanismos específicos de opresión y explotación, aunque también hay que decir que históricamente, la modernidad ha tenido un éxito notable escondiendo ese otro lado oscuro y menos “civilizatorio”. Finalmente, así como la colonialidad es una parte constitutiva de la modernidad, en un movimiento análogo, también la decolonialidad, por su parte, nos remite a los procesos en los cuales lo subalterno resiste las reglas y las jerarquías racializadas dentro de las cuales está confinado, desafiando la lógica de la colonialidad que lo categoriza como inferior o no lo suficientemente humano. En esa tesitura, el pensamiento decolonial es distinto de otros proyectos críticos, como bien señala Walter Mignolo, ya que éste remite a una actitud que echa raíces en las colonias y ex-colonias de acuerdo con “una epistemología otra” (MIGNOLO, 2006) y que Arturo Escobar caracteriza como una “teoría del pensamiento a través/desde la praxis política de los grupos subalternos” (ESCOBAR, 2003).

En este sentido, Aimé Césaire en la década de los años cincuenta del siglo pasado, en la etapa tardía de la independencia de las colonias europeas de África, se planteaba la pregunta de ¿cómo reconciliar la proclamada fe en el hombre con la ligereza con la que se sacrifican la

⁵ A. QUIJANO (2000b) introdujo el concepto de *colonialidad* vinculado a cuatro campos interrelacionados: control de la economía (trabajo, recursos, producto); control de la autoridad (instituciones, violencia); control del género y de la sexualidad (sexo, recursos, productos) y control de la intersubjetividad (conocimiento, comunicación)

vida y el trabajo de los colonizados, así como su mundo de significados? ¿Cómo resolver los dos problemas – el del proletariado y el problema colonial –, que ha generado la civilización europea u occidental después de dos siglos de dominio mundial? Es esta precisamente la base de la actitud y el sentido colonialista de una supuesta política de “desarrollo” y por eso es necesario desmentirla. Por eso, dice, es el desarrollo también un intento más de colonialismo: porque no termina con las desigualdades entre hombres, sociedades y culturas. Lejos de eso, su tendencia es agudizarlas. Y agrega:

[...] la dominación sigue siendo el objetivo de estos intentos de mejoramiento en la estructura productiva de nuestros países”, para concluir que “los países colonialistas aplicaron a los pueblos no europeos y en beneficio de las naciones más fuertes una especie de *expropiación por razones de utilidad pública* (CÉSAIRE, 2006, p. 17).

Tal vez sea uno de los primeros escritores que tomando como tribuna discursiva el tema de la cultura, logra identificar muchos de los aspectos que pueden desarrollarse en las ex colonias europeas para generar formas propias de pensamiento crítico frente a una avalancha de teorías, postulados, principios hegemónicos que caracterizan las relaciones entre países centrales y periféricos y que se han autoproclamado como el *canon* a seguir en la generación de conocimiento científico, al uso de herramientas de análisis social y al establecimiento de perspectivas sociales para concebir y pensar en un futuro diferente.

Hay un lado aparente o engañoso del discurso “civilizador” que se disfraza en enunciados de corte cientificista o en postulados intocables de supuestas teorías económicas que traerán en un tiempo determinado el esperado desarrollo y sus ventajas. En el aspecto económico, lo que E. Dussel llama la “falacia desarrollista”, consiste en obligar a asumir ese proceso *externo* a las culturas excluidas, y ser simplemente una imitación del mismo proceso seguido históricamente por la modernidad, lo cual genera, por esta circunstancia, la necesidad de criticar radicalmente la noción de desarrollo y de esta manera contribuir a la subversión cognitiva que es un precedente inevitable y condición *sine qua non* de cualquier cambio político, social y cultural. Además, al evidenciar dichas falacias, la llamada corriente crítica de pensamiento ha iniciado ya de alguna manera una verdadera “deconstrucción” del pensamiento económico. De ahí la importancia de poner en tela de juicio las nociones de “crecimiento”, “pobreza”, “necesidades básicas”, “ayuda”, “nivel de vida”, etc... (DUSSEL, 2007; LATOUCHE, 2004).

Serge Latouche⁶ ha aportado ideas interesantes y su perspectiva tiende a generar reacciones diversas, sobre todo cuando señala que hay que situar la discusión fuera de los campos de dominio establecidos por el desarrollo y el economicismo actuales. Su crítica al es también una crítica al sistema capitalista y la globalización y la razón es que no se puede seguir esperando indefinidamente encontrar las ventajas que fueron prometidas por un sistema y un modelo que han demostrado sobradamente los límites de sus planteamientos, de sus hipótesis y sobre todo, su limitada capacidad de ofrecer soluciones viables a los problemas que se han generado a nivel mundial. La contundencia de las estadísticas internacionales oficiales son un argumento fuerte relacionado con la situación actual de una parte de la población mundial en relación con los siguientes aspectos: la precariedad laboral en las masas de trabajadores en los países del Sur (ingreso per cápita), que hace que cientos de miles tengan que vivir con un dólar o menos por día en países de Latinoamérica. En los Estados Unidos, las condiciones laborales del llamado trabajo “atípico” que ya no está regulado por ninguna ley federal del trabajo o ministerio del trabajo (como en la época de oro del sindicalismo y el estado benefactor), ni contrato de ningún tipo, sino que facilita el trabajo por tiempo y obra, incluso a domicilio o el caso todavía más flagrante del trabajo agrícola donde se pagan salarios a voluntad del contratista, como si no hubiera una legislación laboral federal, o como si se viviera todavía en la época de las relaciones laborales semi-esclavistas de fines del siglo XIX y principios del XX, sobre todo en el caso de trabajadores agrícolas mexicanos. La desaparición del Estado Providencia y el acceso a una serie de ventajas sociales a través de la actividad laboral y la organización de los sectores de trabajadores urbanos y rurales parece ser ya desde hace tiempo una manifestación inequívoca de renuncia a una política de solidaridad social; la desregulación del sector agrario y del sector público en general; los ínfimos niveles de crecimiento económico anual; los registros, hasta donde se tiene certeza de ellos, de las constantes oleadas migratorias Sur-Norte que han generado que actualmente 200 millones de personas en el mundo vivan fuera del lugar en el que nacieron (BARTRA, 2010) y finalmente, los índices de pobreza en los países del Sur. Se trata pues de un sistema que propicia y perpetúa las desigualdades sociales y económicas a nivel internacional y comparte la idea de desarrollo entendida como “la ampliación de esta fractura entre esta insignificante minoría que tiene un acceso insolente a la riqueza y el resto de la masa de población que vive en la miseria” (LATOUCHE, 2004).

⁶ A través del “Réseau Pour l’Après Développement”, ha organizado una cantidad importante de encuentros, foros y publicaciones para dar a conocer los posicionamientos sobre este tema.

Una postura consecuente y crítica indica que “lo primero que hay que hacer entonces es negarse a ser cómplice o colaborador de esta empresa de descerebramiento y destrucción planetaria que representa la ideología desarrollista.” Y en total coherencia con el Manifiesto⁷ coincide con la idea de “poner en el centro de la vida humana otros significados y otras razones de ser distintos a la expansión de la producción y del consumo” (LATOUCHE, 2005). Latouche agrega que el desarrollo que existe y como se manifiesta en la realidad realmente no puede generar otra cosa sino la injusticia social. Ahí es en donde debemos accionar nuevas formas de reflexionar el desarrollo social, sin perturbar la equidad, la libertad, la participación social: mediar entre la exclusión como consecuencia de ese desarrollo y la integración si es que hay verdadero desarrollo social. En ese sentido, no es sensato aceptar de manera incondicional “el progreso” y el “desarrollo” que se nos promete pues si bien la oferta se da mediante los mecanismos conocidos de “generación de mayor empleo”, “acceso a mejores servicios a menor costo” (internet, teléfono, luz, gas), se sabe que eso a la larga es solo un mecanismo para legitimar los procesos de privatización – venta de sectores estratégicos de la economía nacional. No nos engañemos – agrega – : “ningún tratamiento social de la pobreza resolverá el problema. Y el tratamiento económico, el más eficaz para hacerlo, necesita un cambio en el sistema que genera esa pobreza” (LATOUCHE, 2004). Como el desarrollo como teoría no ha mostrado los resultados positivos que debió mostrar hace años, se le rescata agregándole un adjetivo como “desarrollo sustentable”, “desarrollo social” etc... cuando, en realidad el desarrollo sustentable es como una llave que abre todas las puertas, es decir, una mala llave. Un concepto que satisface al rico y al pobre, al Norte y al Sur, al patrón y al obrero, es un mal concepto. El desarrollo sustentable forma parte de los manifiestos firmados por Jacques Chirac, Michel Camdessus ex presidente del FMI, así como empresas que figuran entre las más contaminantes del planeta como la British Petroleum, Total-Elf-Fina, o Monsanto, Novartis, Nestlé, y entre las defensoras más recalcitrantes de la privatización de los recursos naturales como el agua, entre otros. Se requiere, nos dice, para los proyectos productivos realmente alternativos al desarrollo, una *economía* con otra *racionalidad*, es decir, más razonable que racional. Se requiere otro tipo de *saber*, otra *visión* de la ciencia, diferente de la tecno-ciencia prometeica *ciega* y sin alma (LATOUCHE, 2004, p. 71).

Postdesarrollo, emergencia social del localismo

⁷ Manifeste du Réseau Européen pour l'Après-Développement (READ). Revue MAUSS, 02/2002.

Cualquier solución alternativa al desarrollo y a la globalización pasa necesariamente por el “localismo”, lo cual remite al territorio, al “terroir” y a los patrimonios instalados en él (culturales, materiales, relacionales) y en esa misma medida, a los límites, a las fronteras y al arraigo. Pero si lo local surge, no es mediante el *desarrollo* como tal, sino en un momento posterior, es decir, en el *posdesarrollo*, en el *más allá del desarrollo*. De continuar pegado o asociado al desarrollo, lo local sería como lo *social o sustentable*, es decir, lo que permitiría al desarrollo sobrevivir a su propia muerte (LATOUCHE, 2004). En un contexto más político, Latouche lanza la consigna de “resistencia y disidencia” como respuesta social adecuada “desde abajo”, a las iniciativas desarrollistas impuestas por las jerarquías políticas. Por todo lo anterior, al parecer, ha llegado el tiempo en el que ya es necesario redactar de una vez y para siempre el acta de defunción, el obituario del cadáver insepulto de la teoría desarrollista, del desarrollo como tal y el de la teoría de la modernidad (S. LATOUCHE, 2004) o como plantea I. Sachs, se trata ya de proponer una revolución semántica y redefinir el concepto *desarrollo* sin calificativos, a condición de que se le redefina como concepto pluridimensional (polisémico) (Citado por LATOUCHE, 2004).

Es muy curioso que en las culturas africanas y andinas no haya una palabra equivalente para traducir la palabra *desarrollo*, y la explicación es que posee un fuerte contenido comparativo-clasificadorio, que tiene que ver con esa condición de plantear metas u objetivos que las sociedades deben lograr y medir a partir de criterios absolutamente arbitrarios, en una concepción totalmente evolucionista. Después de todo el tiempo transcurrido desde su formulación como política económica y social, al parecer no nos hemos convencido de que no es preciso esperar otros 40 años más para entender que el desarrollo es el desarrollo que existe realmente hoy. Es decir, no hay “otro” desarrollo sino solo ese. Y ese desarrollo es el que ha generado la guerra económica, el saqueo incontrolado de la naturaleza, la occidentalización del mundo y la uniformización planetaria y claro, el etnocidio de cualquier cultura diferente o como bien ha señalado Vandana Shiva el desarrollo y la globalización son las “máquinas” para hambrear a los pueblos, toda vez que “bajo la máscara del crecimiento [económico] se esconde la creación de la escasez” (citado en S. LATOUCHE, 2004)

En esa medida es importante rescatar el pensamiento poscolonial y los grupos que en distintas instituciones académicas de diferentes países se han planteado pensar y reflexionar de otra manera estos temas. El pensamiento poscolonial logra deconstruir la prosa colonial, como hizo Edward Said en *Orientalismo*, su articulación mental, sus representaciones y formas simbólicas que son el terreno fértil del proyecto imperial (uno de cuyos pilares es precisamente el discurso desarrollista). Además, desenmascara y evidencia la fuerza de esta prosa para

falsificar – es decir, el conjunto de falsedades y el peso de sus funciones de fabulación –, que hizo posible la configuración histórica colonial de poder. De ese modo, aprendemos cómo lo que era válido para el humanismo europeo aparecía en las colonias bajo la figura de la duplicidad, del doble lenguaje, de una realidad parodiada (MBEMBE, 2006). De hecho, la colonización no dejó de mentirse a sí misma y con respecto a los otros. Frantz Fanon (1973) en *Piel negra, máscaras blancas*, señaló también que los procedimientos de racialización del colonizado constituyen el motor de esa economía de la mentira y del doblez. En efecto, para el pensamiento poscolonial, la raza constituye la región salvaje del humanismo europeo, su bestia. Por eso, la relación colonial oscila constantemente entre el deseo de explotar al otro (situado como racialmente inferior) y la tentación de eliminarlo, de exterminarlo. El mismo Gandhi, señaló que la universalización del imperialismo no sólo se explica por la violencia de la coerción, sino que es también una consecuencia del hecho de que muchos colonizados aceptaron, por razones más o menos válidas, pasar a ser cómplices conscientes de una fábula que les sedujo en varios sentidos. Por eso consideramos que estamos frente a una situación en la que tanto la identidad del colonizado como la del colonizador se forman en el punto de intersección entre la elipsis, el desmarque y la reasunción. El pensamiento poscolonial se esfuerza en analizar este extenso campo de ambivalencia y las razones que encontramos en esa confusión, sus efectos paradójicos. Al parecer pues, lo que realmente constituye la fuerza política del pensamiento poscolonial es que éste se inscribe en las luchas sociales históricas de las sociedades colonizadas y, en particular, su relectura de la praxis teórica de los llamados movimientos de liberación. Es una forma de pensar que remite al sujeto-ser, al ser-para-sí, a la manera en que la dialéctica amo-esclavo y colono-indígena puede superarse. Una de las contribuciones decisivas de Said es poner de manifiesto, contra la doxa marxista del momento, que el proyecto colonial no se reducía a un simple dispositivo económico-militar, sino que estaba basado en una infraestructura discursiva, en una economía simbólica, en todo un aparato de conocimientos cuya violencia era tanto epistémica como física.⁸

Un dato significativo no menos importante, asociado de una u otra forma con la representatividad social geográfica y cultural “occidental”, nos indica que la población europea pasó de ser 1/3 de la población mundial a solo 1/6 de la humanidad, lo cual la pone en situación de minoría con bajos índices de reproducción y con dispositivos de protección que impiden la inmigración de población de países pobres (QUIJANO, 2004), además de los altos índices de envejecimiento de su población y la imperiosa necesidad de seguir manteniendo activo su

⁸ En ese contexto, las contribuciones al análisis de la realidad latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX marcan una clara trayectoria de distancia y diferenciación del esquema eurocéntrico que domina las Ciencias Sociales.

aparato productivo industrial. Las crisis financieras recientes (la de 2008 en EU, la de países como España y Grecia en los últimos meses) y el crecimiento desmesurado de una masa incontenible de migrantes – que se abren paso a pesar de las medidas restrictivas mencionadas antes y a riesgo de su propia vida – nos pone a frente a un panorama migratorio que tanto la Unión Europea como los Estados Unidos, deberán enfrentar de forma eficiente para controlar y solucionar el flujo de población proveniente de los países del Sur. Para el tema de nuestro interés, mientras que la teoría social en general, y la teoría crítica eurocéntrica han sido construidas en unos pocos países europeos (Alemania, Inglaterra, Francia, Rusia e Italia) con el objetivo de influenciar las luchas progresistas en esa región del mundo, debemos reconocer que en la actualidad es un hecho que las movilizaciones más innovadoras y transformadoras están ocurriendo en los países del Sur, en el contexto de realidades socio-político-culturales muy distintas, es decir en esa parte del mundo que representa 5 sextas partes de la población mundial. Estamos ante cosmovisiones no occidentales que obligan a un trabajo de traducción intercultural, si se quiere entenderlas, valorarlas y darles un profundo sentido social tan requerido en estas épocas de crisis en donde, aparentemente las salidas inmediatas se vislumbran difíciles. Dada esta realidad internacional, algunos autores han planteado una serie de reflexiones que buscan alguna respuesta a mediano y largo plazo. Una de ellas se formula de la siguiente manera: “es tan difícil imaginar el fin del capitalismo, como que el capitalismo no tenga fin” ante lo cual cabría reflexionar sobre lo que sería imaginar el fin del capitalismo ahora que el paradigma socialista se ha desdibujado, que los Estados Unidos vuelven a abrir su embajada en Cuba, después de un bloqueo económico que no logró el derrocamiento de Fidel Castro. Es decir, desde el pensamiento crítico, ¿cuál sería la alternativa que se puede plantear? En nuestra perspectiva de crítica al desarrollo prometido desde la posguerra, en el que el modelo de industrialización y proletarización de la fuerza de trabajo generaría abundancia y mejoramiento en las condiciones de vida que han estado detrás de las recetas econométricas, se ha demostrado un rotundo fracaso frente a una sola cuestión: no se ha combatido de manera eficiente la pobreza que caracteriza a las economías de América Latina ni se han impedido las graves consecuencias de la exclusión social. La otra propuesta es imaginar cómo sería el fin del capitalismo, lo cual nos sitúa frente a un escenario poscapitalista que nadie tiene como muy seguro.

“La segunda dificultad de la imaginación política latinoamericana progresista, tiene que ver con lo difícil que es imaginar el fin del colonialismo como lo es imaginar que el colonialismo no tenga fin. Parte del pensamiento crítico se ha dejado bloquear por la primera dificultad (imaginar el fin del colonialismo) y el resultado ha sido la negación de la existencia misma del

colonialismo.” Además, también sostiene que “durante el proceso histórico que desembocó en las independencias latinoamericanas es una prueba contundente de que el patrimonialismo y el colonialismo interno no sólo se mantuvieron después de dichas independencias, sino que en algunos casos se agravaron” (SANTOS, 2010).

Para esta vertiente de la reflexión crítica, la lucha anticapitalista es también una lucha anticolonialista. En América Latina los movimientos sociales tienen la capacidad de usar de modo contra hegemónico, con fines contra-hegemónicos, instrumentos y conceptos hegemónicos y [...] la eficacia del uso contra-hegemónico de conceptos o instrumentos hegemónicos es definida por la conciencia de los límites de ese uso. Dichos límites son más visibles en AL, en un momento de re-semantización de viejos conceptos y de introducción de nuevos conceptos que no figuraban en la teoría crítica eurocéntrica, sobre todo considerando que muchos de estos conceptos no tienen equivalente en las lenguas coloniales en que fue construida aquella (SANTOS, 2010).

Conclusiones

La élite política mexicana seguirá haciendo lo que quiera, firmar tratados comerciales como el TLC con Estados Unidos y Canadá o ingresar a la OCDE para codearse con los representantes de los países más ricos del mundo. Eso no nos convierte automáticamente en un país desarrollado, ya que la contundencia de la realidad del país es la pobreza que padece México, y si no hay una estrategia política y económica eficiente para resolverla, todo lo que se haga y se diga fuera de centrarse y priorizar dicho objetivo, está de más porque cae en el terreno de la apariencia, la simulación, la demagogia y el clientelismo político (MEYER, 1995). Sunkel dice que el futuro no está predeterminado y que, para bien o para mal, continúa abierto tanto para los “países desarrollados” como para los países latinoamericanos, en los que aún hay un largo camino por recorrer antes de llegar – como metáfora –, a la tierra de la gran promesa anunciada por el discurso desarrollista desde hace décadas. Entonces, el devenir histórico de las culturas, y en particular el de las culturas subalternas, no está grabado en un monolito, ni condenado a una errática y desdibujada imitación de las culturas que se han auto designado como “universales”. Sigue habiendo una posibilidad de buscar y encontrar otras formas de resolver los retos sociales y económicos. En esa medida será posible establecer estrategias propias y alternativas orientadas a las soluciones de los problemas más apremiantes para la sociedad en una diversidad de campos insospechados, tanto en lo que respecta a la educación, salud, cultura, producción, manejo de conflictos, como a la seguridad, vivienda, comunicación y

producción artística, entre las más significativas. Para todo eso se requieren cambios y principios, valores que orienten y establezcan prioridades, por lo que cosas tan elementales como las seis “erres” que consisten en Reevaluar (revisar los valores en los que creemos y a partir de los cuales organizamos nuestra vida), Reestructurar (adaptar el aparato de producción y las relaciones sociales en función del cambio de valores), Redistribuir (repartición de las riquezas y del acceso al patrimonio natural), Reducir (disminuir el impacto en la biósfera de nuestros modos de producir y de consumir), Reutilizar (en lugar de tirar a la basura aparatos y bienes de consumo), Reciclar (los desechos de nuestra actividad) son quizás una serie de pasos a seguir cuya realización implica un entorno organizativo arduo pero no imposible, como lo sugiere Serge Latouche (2004; 2005).

En el ámbito político, en el de la relación del individuo, el ciudadano con su entorno social, tampoco se puede seguir fortaleciendo la idea de que sólo hay una sola y única versión de democracia liberal y de economía de mercado, como la del mundo anglosajón y que es la que específicamente se pregona e impone en el ámbito mundial como modelo exclusivo e ideal para sociedades que han tenido orígenes diferentes, formas de organización social distintas y formas diversas de interpretación de la historia, la cultura y la modernidad. En ese sentido, debe entenderse que América Latina también ha sido un escenario donde la acción económica y sociopolítica convergieron a favor del desarrollo económico, la industrialización y las políticas sociales y en esa medida, los proyectos que se plantearon generaron coaliciones amplias de empresarios, clases medias y clases obreras urbanas organizadas, que es precisamente la estructura social que ha entrado en crisis con el desmantelamiento del Estado y las reformas neoliberales actuales y que hasta donde entendemos es también la causa principal que ha empujado al desmantelamiento abierto del Estado de Bienestar, el sector social de la economía de mercado, el socialismo, la economía mixta de posguerra y la protección de las clases sociales trabajadoras.

El modelo de representación política también enfrenta una grave crisis que debe abordarse mediante la apertura de espacios de participación social que ponga en práctica una democracia directa que sustituya la forma tradicional de democracia representativa que se ha basado en la competencia desleal, a partir de fondos del erario público, reflejada en el uso no transparente de los medios masivos de comunicación, la violación constante de la ley electoral, y el uso indiscriminado de fondos de financiamiento de origen dudoso en las campañas de candidatos.

Otra cuestión muy importante es que el discurso poscolonial subraya la idea de que el proyecto de América Latina debe desprenderse del que siguieron las economías centrales ya

que no somos ni Estados Unidos ni Europa, las trayectorias histórico-culturales que desembocaron en la formación del estado y el aparato productivo han sido tan accidentadas como erráticas, sin llevar por detrás una idea acabada de la ciudadanía y la democracia parlamentaria, sino otro tipo de sistema de participación y representatividad social.

Hay una flagrante contradicción entre los valores y la ética de la democracia – respeto, reconocimiento, participación, ciudadanía, pluralismo, diversidad, solidaridad – y la realidad que comparten amplios sectores sociales que aspiran a convertirse en actores sociopolíticos y culturales, pero que enfrentan la ausencia de espacios públicos y los medios adecuados para ver materializadas sus aspiraciones socioculturales y políticas insatisfechas. Estas nuevas realidades socioculturales, que poseen ya un carácter universal, han generado que los objetivos y la concepción misma del desarrollo se hayan modificado, según las problemáticas a las que se ha debido de enfrentar desde que con grandes elogios figuró en la agenda internacional, al final de la Segunda Guerra Mundial. Una pregunta interesante la formularía en el sentido de si las condiciones económicas deben seguir siendo ese marco de referencia rígido, ya que quienes toman decisiones son personajes inmersos en contextos políticos de jerarquías, prioridades y lealtades que benefician o afectan a facciones, grupos empresariales o políticos, y en un contexto más amplio, a sectores de la sociedad. Es decir, enriquecen a las élites políticas o perjudican a las masas, generando desempleo, recortes presupuestales, afectaciones a actividades que potencialmente generan empleos e ingreso, y si ciertos programas se recortan, las consecuencias pueden ser catastróficas, por eso debe haber una intencionalidad que articule y conduzca el proceso y la aplicación de una reforma económica, misma que es inevitable y necesaria pero no puede ser ultra-neoliberal, debido a los gravísimos costos económicos, sociales, ambientales y políticos que provocaría, como ya se ha visto. Sunkel (2007) sugiere “explorar alternativas más moderadas y menos costosas en cuanto a la forma de instrumentar y aplicar las medidas de política económica necesarias para llevar a cabo las reformas.”

Finalmente, como ya lo ha señalado Žižek, tal vez la mejor forma de resistir y plantear una estrategia coherente para combatir al capitalismo global sea “confrontar al multiculturalismo despolitizado, rechazando la despolitización de la economía, asumiendo la necesidad de politizar la cultura, reconociendo la diversidad – porque no somos ni seremos nunca iguales culturalmente –, pero articulándola con el debate de clase [...] en la construcción de una ideología contra-hegemónica que enfrente al sistema, que nos permita profundizar en otro modelo de democracia más allá de la democracia liberal y representativa, y abrir la posibilidad de construir la ‘democracia de alta intensidad’ que propone Boaventura de Sousa Santos” (ŽIŽECK, 2014).

Referências

BIFANI, P. **El desafío ambiental como un reto a los valores de la sociedad contemporánea.** Master en Educación Ambiental, Fundación Universidad-Empresa, 3a. edición, Madrid. 1995.

CASABIANCA, F. **Desarrollo integrado y medio ambiente en Desarrollo local y medio ambiente en zonas desfavorecidas** Monografías de la Secretaría de Estado para las Políticas del agua y el medio ambiente, MOPT, Madrid, España, págs. 45-55. 1992.

CÉSAIRE Aimée. **Discurso sobre el colonialismo.** Madrid, España. Akal. [1950] 2006.

CHAKRABARTY, Dipesh. **Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica.** Madrid, España. Tusquets. 2008.

ESCOBAR, Arturo. Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad Latinoamericano. **Tabula Rasa.** Enero-diciembre Núm 001. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Bogotá, Colombia. págs. 51-86. 2003.

FANON, Frantz. **Piel negra, máscaras blancas.** Buenos Aires Argentina. Editorial Abraxas. 1973.

GEORGE, Susan. Mundialización y política. **Capitalismo, mundialización, socialismo.** Montevideo. Ed. Izquierda Hoy. 2001.

GROSSFOGUEL, Ramón. La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. **Tabula Rasa.** Bogotá. Colombia, No.4: 17-48, enero-junio. 2006.

HOBBSAWM, Eric. **Historia del siglo XX.** Barcelona, España. Ed. Crítica. 1996.

HOLLOWAY, John. **Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy.** Caracas, Venezuela. Ed. Melvin. C.A. 2005.

LATOUCHE, Serge. **Décoloniser l'imaginaire. La pensée créative contre l'économie de l'absurde.** Editions Parangon. 2005

_____. **Survivre au développement. De la décolonisation de l'imaginaire économique à la construction d'une société alternative.** Paris. Editions Mille et une nuits. 2004.

LOPEZ SEGRERA, Francisco. Abrir impensar y redimensionar las ciencias sociales en América Latina y el caribe. ¿Es posible una ciencia social no eurocéntrica en nuestra región? en Edgardo Lander (comp.) **La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.** Buenos Aires Argentina. Clacso. p. 108-121. 2000.

MARTINS, Paulo Henrique. **La decolonialidad de América Latina y la heterotopía de una comunidad de destino solidaria.** Buenos Aires. Fundación CICCUS. 2012.

MBEMBE, Achille. "Qu'est-ce que la pensée postcoloniale?" Entrevista con A. Mbembe, por O. Mongin, N. Lempereur y J.-L. Schlegel, **Esprit**, N° 330, diciembre, págs. 117-133. 2006.

MIGNOLO, Walter. El pensamiento des-colonial, desprendimiento y apertura: un manifiesto en **Tristestópicos**. 2005.

MEYER Lorenzo. **Liberalismo autoritario. Las contradicciones del sistema político mexicano**. México. Océano. 1995.

OSTROM, Elinor. **El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva**. México. Fondo de Cultura Económica, Unam-CRIM. 2000.

PIKKETY, Tomás. **El Capital en el siglo XXI**. México Fondo de Cultura Económica. 2014.

QUIJANO, Aníbal. "El laberinto de América Latina: ¿hay otras salidas?" **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, vol.10, N°1, enero-abril, págs. 75-97. 2004.

_____. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina, en Edgardo Lander (comp.) **La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas**. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. 2000a.

_____. Coloniality of Power, Eurocentrism and Latin America en **Nepantla: Views from the South**. 1(3). 2000b.

SAID, Edward W. **Cultura e imperialismo**. Barcelona, España. 2a ed. Anagrama. 2001.

SAMIR, Amin. **La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur**. México. Unam-CIICH. 1995.

SANTOS, D. S. B. **Refundación del estado en AL. Perspectivas desde una epistemología del sur**. México. Siglo XXI. 2010.

SEN, Amartya. **Desarrollo y libertad**. Barcelona. Planeta. 2000.

SOSA FUENTES Samuel, La identidad cultural latinoamericana en José Martí y Luís Villoro: Estado plural, autonomía y liberación en un mundo globalizado en **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**. México. UNAM. vol. LII, núm. 208, enero-abril, p. 41-62. 2010

SACHS, I. Le développement reconsidéré: quelques réflexions inspirées par le sommet de la terre. **Tiers Monde**. N°137.

SUNKEL, Osvaldo. En busca del desarrollo perdido en Vidal, Gregorio; Guillén R., Arturo. (Comp). **Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado**. págs. 469-488. 2007

ZEA, Leopoldo. **Dialéctica de la conciencia americana**. México. Alianza Editorial. 1976.

ŽIŽEC, Slavoj. **¡Bienvenidos a tiempos interesantes!** España. Ed. Txalaparta. 2014.

Fuentes hemerográficas

L. ABELLÁN, B. L. "El reparto de solicitantes de asilo abre un nuevo pulso en la UE Aparte de la redistribución, la UE pide que se acoja a 20.000 refugiados en origen" **El País**, 13 de mayo 2015.

Manifeste du Réseau Européen pour l'Après-Développement (READ) en **MAUSS**, 02/2002.

Agradecimentos

Essa composição foi feita após várias revisões do texto, com a ajuda da edição e correção de Héctor Hernández Soria, assistente do CER-Colmich.

Sobre o autor

YANGA VILLAGOMEZ VELAZQUEZ – Graduação em Ciências Políticas e Sociais pela Universidad Nacional Autónoma de México. Doutorado d'Études sur l'Amérique Latine pela University of Toulouse II. Professora do Centro de Estudios Rurales. El Colegio de Michoacan. **Orcid:** <https://orcid.org/0000-0003-0776-5818>

Como citar este artigo

VELÁZQUEZ, Yanga Villagómez. Acerca de la poscolonialidad y el desarrollo como paradigma de transformación social en América Latina. **Revista NERA**, v. 23, n. 54, p. 59-83, dossiê, 2020.

Recebido 06 de setembro de 2018.

Aceito em 26 de julho de 2019.